

Watanabe, José; *COSAS DEL CUERPO*. Lima, 1999, El caballo rojo, 80 pp.

El título del libro de José Watanabe, justifica plenamente la primera parte del poemario, el cuerpo es el doliente que se convierte en el centro del universo: lastimado, agotado, evoca, no sin cierta ironía, lo maravilloso de cada uno de sus elementos.

En “Los Ríos”, desde su lecho de enfermo imagina, recuerda, traslada aquello que pasa a su alrededor hacia vivencias gratas, el sonido del agua que corre por un caño o un desagüe se convierten en sendos ríos del terruño, sus ríos, uno “*terroso corriendo entre las piedras* y el otro que discurre alegre, cristalino y benéfico”.

Dentro de ese mismo grupo de poemas está *Desagravio* (i.m.) donde se abre una línea delicada llena de nostalgia por la ternura de la madre, “Por un flanco débil/ y breve/ entre su seno y su axila/ mi madre era tierna”, los siguientes versos acuden hacia un “olor profundo, basal y glandular” para incidir sobre la misma imagen. Es quizás aquí que el poeta, hombre cuajado, se hace niño al sentirse débil y solo.

Todo el poemario transcurre dentro esa nostálgica visión del cuerpo y de la tierra, el agua, la montaña, la arena, la inocencia infantil. Tras un lenguaje sencillo, pero a la vez bastante sofisticado, el poeta abre su visión de hombre hacia la infancia, trascurrida dentro del ambiente bucólico y feliz del campo y la provincia.

El poema “En el Ojo de Agua” que se inscribe en el grupo denominado *Vichanzao*, nos traslada, en un lenguaje tierno y evocador, a una lagunilla en medio del campo donde “bebíamos/gentes y caballos/la luz/no entraba en el agua” (...) Los niños nos acuclillábamos en su borde redondo/y esperábamos/los pobres envíos de lo insondable”. Es un momento mágico de gran belleza. Más adelante el pocito, que algo de eso tiene que haber sido, toma vida, respira, luego hace gala de un gran sentido del humor, al decir “(...) sólo el placer/ de estar en el borde, no sabiendo nada claro, imprecisos/y un poquito idiotas”. Finalmente el cincuentón que recuerda, aparece es-

céptico “esta vez tampoco hay imágenes definitivas” y se dice a sí mismo “Aquí abandona tu arrogante lucidez/y bebe” No más ilusiones, no más inocencia.

Por último, “*La Jurado*”, dentro del último grupo de poemas, dibuja la muerte, que no deja de ser sino el fin de ese cuerpo, tornándose en el gran jurado, asumiendo a la vez diversos rostros: la difunta, se fue pero aún conserva su espacio: “*desde allí viene a leer conmigo*; la madre, que a su vez es la difunta, sigue actuando: “*me adelanta/ en el juicio, me condena otra vez/a hijo*” A partir de allí, la muerte aparece en toda su dimensión “...tiene más nombres que la vida y baila/ebria/sonora, las mejillas pintadas como muñeca/de teatro y literatura”. Actúa, se divierte, evoca todos los personajes que la imaginación puede crear. Es así que *La Jurado* concluye interviniendo en el trabajo del poeta para sentenciar “sólo un verso brillante” (...) “La muerte/de verdad/ es como la poesía mírala venir/como una fórmula/de la templanza” Otra vez vemos aquí un final escéptico.

Los versos están estructurados dentro de una cadencia libre, abierta, agradable; el manejo del lenguaje, que no deja de mostrar cierta crudeza, es ágil y original, no hace concesiones de ninguna especie. (Violeta Váscones).

DIÁLOGOS EN HISTORIA. Lima, N° 1, 1999.

El Grupo de Estudios e Investigaciones Clío, creado por alumnos de la especialidad de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, acaba de lanzar el primer número de la revista *Diálogos en Historia*, teniendo como norte hacer que la comunicación entre las generaciones consagradas y las jóvenes generaciones de historiadores trascienda el espacio cerrado de un salón de clases o aún de una universidad.

Llevando a cabo este propósito se abre la publicación con una sección de investigaciones donde se muestran trabajos inéditos de